

obras exponiendo la vida de los defensores de la patria y por llevar al cabo sus caprichos, entregan al cañon, á la espada y á la escopeta á los pobres que cayeron en sus redes, y que no solo mueren en el cuerpo, sino tal vez eternamente por salir el alma sin limpiarse del pecado á sufrir en el juicio de su Dios el infierno que merecen los que acaban sin su gracia.

El séptimo dice: *no hurtarás*. ¿Y quien podrá dudar que el robo se autoriza por los insurgentes que se han dado á conocer en el mes presente de septiembre? Ellos quitan lo que es fuerza de sudor y trabajo adquirieron los hermanos europeos venidos de aquel á este reyno con licencia. Mas no solo quitan lo que es suyo al europeo, sino tambien (advertido oyentes) destruyen el derecho que sin duda tiene el nacido en estos paises á la herencia de los bienes y riquezas de sus padres.

¡O ceguedad espantosísima! Ellos quieren engañar al ignorante, y preocupar al que á su exemplo abandona la razon. Se tienen por amigos de los criollos, y se roban los bienes que algun dia serán suyos por la muerte de sus padres. Abri el, pues, los ojos querretanos, y escuchando dócilmente los consejos que os alientan y os estrechan al respeto y obediencia en la proclama de nuestro Excmo. Señor Virey; á las voces y doctrina dulce, sana é irrefragable de la Pastoral de nuestro Excmo. é Illmo. Prelado, á las insinuaciones de nuestros zelosísimos párrocos, al documento que os há dado en este rato el menor de los ministros del Santuario, y en fin á lo que os predicán otros venerables sacerdotes: practicad el precepto del gran Dios, persiguiendo á los enemigos de la paz; pues dais de esta manera lo que toca á su adorable magestad. *Reddite quae sunt Dei, Deo.*

Quisiera al concluir este discurso llenarme del espíritu de Elias, y no pudiendo, solo acabo con desear como el Apóstol anatemas es pantosos por la salud de mis hermanos. Si, señores, ni la tribulacion, ni las angustias, ni el hambre, desnudez ú otra penuria, ni la espada, ni las balas nos deben separar de la union y caridad. Yo lo espero que será como os lo pido, con la gracia del Señor, y pues creemos que algun dia hemos de estar en el justo tribunal

de Dios, os conjuro y os cito desde ahora para entónces, y si acaso no os he dicho la verdad me conformo con baxar á quemarme para siempre en las llamas infernales; á la contra, si he cumplido con los deberes del santuario, y no obstante os separais con Allende, Aldama, Hidalgo y sus sectarios, infelices de vosotros que con ellos ardereis en compañía de Luzbel y de los diablos.

Y vosotros, valerosos militares, que teneis de medir vuestras espadas con las de hombres llenos de locura, confortaos en el Señor, mojad hoy los filos en la sangre de Jesus, postraos ante el trono del gran Dios de los exércitos, y purificad vuestras almas é intenciones. Es muy justo, lo confieso ingenuamente, defender los haberes y personas; pero no, no sean estos vuestros fines en la guerra. Depone el odio é intereses, y tratad de sostener al Soberano, de libertar de mil males estos sus vastísimos dominios, y de restituir con la union y con la paz la observancia de los preceptos sagrados del Señor. Obedeced para esto á vuestros gefes, no murmureis sus providencias, y unidos todos á este fin lograreis sin duda la victoria. Entónces el estallido solo del cañon, y la vibracion de las espadas bastará para aterrar, para destruir al nuevo enemigo, que ayudando á Napoleon con él coopera ciertamente á aniquilar y destruir la religion, el sagrado sòlo de Fernando, y quanto extge de sus hijos el amor debido á nuestra patria. Todos, oyentes míos, periguiendo al que fraguó tan fatal revolucion veremos por la causa y derechos que nos tiene puestos el Criador, quien nos manda dar al César lo que es suyo, y á Dios lo que toca á su adorable magestad. *Reddite quae sunt Coesaris, Coesari & quae sunt Dei, Deo.*

Virgen Santísima, Divina Madre de Jesus, Clementísima Reyna de los hombres, Amadísima Señora del Pueblito. ¡Quien pudiera verse libre del pecado, y no estar persuadido como yo de ser causa de los males que traspasan nuestras almas; pero á bien que tú, Refugio de pecadores miserables, oyes siempre á tus hijos que te claman y te piden el perdon: quisiste en esa imagen hacerte madre singular de este suelo, y por tanto te decimos piedad, pie-

dad, clementísima Maria. Póstrate ante el trono de tu amado hijo Jesucristo, báñalo con tus lágrimas, une tus manos benditísimas y pide sin cesar la paz que perdimos por la culpa, la union, valor, obediencia, agilidad y fortaleza á nuestros dignos militares; zelo y santidad á los ministros del Santuario; salud y las virtudes necesarias al Señor Virey, á nuestro dignísimo Arzobispo, á los prelados y á quantos gobier-

nan la Iglesia y el Estado. A todos en fin la verdadera caridad para que amándonos como es justo venzámos á nuestros enemigos, vivámos con paz y tranquilidad, observémos los divinos mandamientos, y muriendo en la gracia del Señor, bendigámos su piedad y digámos con los Angeles por los siglos de los siglos O Dios Santo, Santo, Santo. Amen.

NUMERO 137.

Exposicion del Dr. D. Luis Montaña sobre las ocurrencias en algunos pueblos del Interior.

Reflexiones del Dr. D. Luis Montaña, sobre los alborotos acaecidos en algunos pueblos de Tierradentro. Impresas de orden de este superior gobierno. A costa de los doctores de la real y pontificia universidad.

Señor Rector.—El adjunto escrito es el óbolo de la muger pobre. Contribuyo como puedo al Estado; y deseoso de manifestar mi zelo con toda prontitud, no he cuidado del aliño. V. S. se servirá pasar á manos de S. E. esas reflexiones por si acaso pareciesen á su superior discernimiento oportunas, segun las circunstancias.—Dios guarde á V. S. muchos años. México á 2 de octubre de 1810.—*Dr. Luis Montaña.*

Las naciones ven y oyen con asombro las empresas de Napoleon. Los hombres no saben como entender y explicar el éxito que logra. Rastrean los caminos que sigue, cabilan, discurren, y todo es estupor. Los planos del tirano y sus proyectos que deslumbran, causaron una especie de admiracion, qual se debiera á un genio extraordinario, ó algun principio incógnito y sublime, superior á los ordinarios esfuerzos de la naturaleza. Asi se preocuparon

despues del Egipto, las regiones de Europa Y ¿en qué confia Napoleon quando pone esas asechanzas á la virtud, á los soberanos, y á los pueblos, que algunos miserables italianos llamaron miras impenetrables?

Para descifrar éste misterio de iniquidad, compatriotas, no es necesario leer grandes libros, cursar las aulas, emprender viajes, introducirse en los gabinetes, ni profundizar en la política. Napoleon, que sabe añadir á su astucia la osadía y desvergüenza, no tiene mas especulacion, que valerse de las mismas pasiones del hombre. ¡Cuán cierto es que ellas han hecho siempre al género humano el juguete de los facinerosos atrevidos! No son por cierto peculiares al usurpador de Europa los conocimientos de las propensiones del corazon. Todos los filósofos, ¿qué digo yo? todos los hombres de mediana razon las conocen, como las han siempre conocido; y si quando todos nos compadecemos de la debilidad humana, abusa de ella Napoleon: es porque él ha roto aquel freno del decoro y de la moral que contiene á cada uno en su deber.

Ved, americanos; todo el secreto. Si los franceses se prostituyen á la esclavitud y á la vileza: si otros pueblos se alucinan: si los leales

pasan á traidores, los modestos y timoratos á insurgentes, los hijos de la patria á sus verdugos: no ha empleado en éstas obras tenebrosas el tirano, otro esfuerzo que nuestra propension al odio, á la envidia, á la discordia, al interes y al libertinage. No nos engañemos: aún mas que el cálculo político, conducen tales empresas las pasiones, ó lisongeadas con maña, ó avivadas con oportunidad. Nuestra seducción interior que es obra de ellas, dispone á la exterior que se consume por sugerencias y promesas. Tal es en última analisis el germen de las revoluciones aún de las mas violentas al hombre, y aún de las que se conciben con mayor torpeza, como es la que por suma desventura, ha comenzado. En todo caso de convulsion política, influyen los genios inquietos, en dos clases de hombres. A saber: en los que estan dominados de las viles pasiones, y en los ignorantes. Lisongan á aquellos con promesas, con dinero y con libertad, y deslumbran á estos con charlas y sofisterías.

Así pasa en todo el mundo; y siguiendo ésta analogía, congeturamos el vergonzoso origen de la anarquía que se intenta. Es verosímil que esos quatro insensatos de Tierradentro hayan sugerido la independencia como un principio de felicidad, ocultando malignamente el cancer que desorganizó y corrompe su corazon, para que los pueblos sencillos y crédulos les ayuden sin saber lo que hacen, á satisfacer el encono que di-frazan con el traje de patriotismo. Sí, vive Dios! sin saber lo que hacen han entrado los incautos en la faccion. El cura que predica errores y sedicion los ha atraído por el respeto y confianza con que siempre se oye aquí á los sacerdotes. Mas basta para disipar la ilusion hacer un par de reflexiones muy sencillas.

¿Dirán que este reyno será feliz en sí y por sí solo; porque en virtud de su riqueza no necesita de España? ¡Torpísima necedad! ¿Qual es nuestra marina para comunicarnos con la Silla Apostólica? Paisanos ¿abandonaremos la religion que tuvo y tiene un buen asilo en la América? ¿No necesitaremos ya de obispos? Y sin ellos ¿que sacerdotes tendremos que desempeñen el cuidado de las almas, los sacrificios,

el magisterio y el servicio de los fieles, predicando, administrando, consolando enfermos, sosteniendo huérfanos y viudas? Romperemos nuestra sagrada union con el Señor y con sus Santos? Siendo, como es, el Sumo Pontífice el Sol de los fieles, que alumbrá y da vida y calor al régimen espiritual ¿cortaremos el paso de sus rayos, le eclipsaremos, y seremos felices en la tiniebla? Y la Iglesia de España ¿que motivo nos ha podido dar para que no recibamos por su medio nuestros primeros pastores? ¿Ese sacerdote indigno de serlo: ese Hidalgo prevaricador, apacentará las ovejas de Jesucristo? ¿Sus manos manchadas con la sangre de los cristianos, ofrecerán por el pueblo la hostia de paz? ¿Elevadas al cielo, nos atraerán la clemencia del Señor: nos desatarán las cadenas del pecado, y nos abrirán las puertas del reyno de los cielos? Por otra parte: si no de España ¿de donde vienen los directores y los operarios de las artes, los libros y los adelantamientos en las letras?

¿Diráse que todo tendremos á costa de nuestro dinero y aplicacion? ¿Y quando? ¿Después que hayamos sacrificado nuestros hijos, amigos y paisanos al espantoso desorden de la insurreccion? ¿Quando hayamos prostituido nuestra conciencia, nuestra razon y equidad? ¿Después que hayamos perdido el crédito que con justicia hemos ganado por nuestra piedad y moderacion? Después que manchados con el tizne de la ingratitud, comparezcamos delante de las naciones como tigres? ¿Entonces tendremos tráfico, amigos, marina, plazas fuertes, ejércitos, confianza mutua, opinion? Con horrores, con efusion de sangre, con perseguir las familias, humillarlas y robarlas, ganarán esos aturdidos el corazon, la confianza y los talentos de los buenos americanos que debian en ese caso gobernar, ilustrar, proteger y defender el Estado?

Y dando por un momento esa suposicion imposible y antojadiza, el hombre que espera la recompensa de la virtud ¿qué satisfaccion hallará en perder los bienes que actualmente goza por adquirir después los otros que solo existen en una imaginacion débil ó acalorada? ¿Qué adelanta con arruinar á sus hijos, para

que después hagan fortuna los estraños? Por que ¿cómo esperar la paz, la abundancia y la libertad con que el reyno se vaya fortificando hasta reconcentrar en sí todo el poder y la gloria que vá ahora á destruir: que tuvo y conserva por el influxo de España; y que no tendrá sin ella? Si la rebelion siguiese, que no seguirá, por que somos muchos los que reunidos á nuestro alto gobierno, la ahogaremos á la guerra intestina seguiría la extranjería: en vez de abundancia, tendriais que llorar la desolacion, consiguiente á la dispersion de tantas familias criollas que subsisten de la industria de los europeos: lejos de conservar la libertad, qualquiera nacion nos reducirá á esclavitud antes que se organizase una forma de gobierno.

¿Y que señales de procurar nuestra felicidad y de mejorar nuestra política se observan en los quatro reboltosos? El robo, la sorpresa, la crueldad, el desorden, y lo que es mas, el insulto á la religion y al sagrado simulacro de Nuestra Señora que es nuestro mas firme apoyo para con Dios. ¿Qué dolor americanos hijos de la Santísima Virgen Maria! ¿Sabel que esos quatro rebeldes son unos perjuros, y que quando osados pierden el respeto á los que gobiernan á nombre de nuestro Rey, ultrajan al Altísimo por quien han jurado obediencia y fidelidad.

Ah! ¿Os habrán persuadido que la insurreccion es útil por que impide la salida de nuestros caudales, y que los van á conservar y aumentar para nuestro provecho? Pero vosotros ¿que estais mirando? Pillaje, saqueo, tálas de campos, dispersion de hombres laboriosos. En la falsa y quizá maligna suposicion de que ya es inútil nuestro dinero en España, y de que será pernicioso pasando á los franceses, nunca será un remedio que lo disipen unos pocos patriotas. Y quando por imposible, fuese justo que se negase á España; no lo sería arruinar las familias que lo han adquirido con un sudor provechoso al reyno? Si España á quien debemos de justicia nuestros socorros, no debe recibirlos en opinion de quatro revoltosos, no es razon esta para empobrecer á estos habitantes. Su dinero circula en el reyno y lo emplean, y muy bien, en la educacion de sus hijos. Si es

conservase nuestro dinero, dirán los revoltosos, á mas de hacernos invencibles, multiplicariamos todos aquellos establecimientos que dán la prosperidad. Así como esta sería una verdad manteniendonos reunidos á la Península: así es una quimera y un delirio en la desunion é independencia. Ni con nuestras riquezas ni sin ellas valdriamos nada sin España. Paisanos: séamos ingenuos y no nos dexemos tratar como mentecatos. Lo seríamos si diésemos oídos á esos discursos concebidos sin premeditacion. Dignaos de atender un momento.

En primer lugar: cómo vá insinuado, debemos de rigurosa justicia nuestros socorros á España. Así lo juzgan los sábios y lo enseñan nuestros sagrados pastores, pues que la necesidad es extrema.

En segundo lugar: estos dominios son del Soberano nuestro Señor natural que adquirió este suelo; y así negarle ó disputar que pueda sacar de estas sus posesiones los auxilios que necesite, fuese qual el pretexto, sería una rebelion, y tanto mas irracional, quanto mas cierto es que con ellos, vamos á restablecer la gloria de España que es la única nuestra, y á conservar la religion de nuestros padres, que es el principal de nuestros bienes.

En tercer lugar: España nos ha ayudado á ser ricos y á elevar nuestra patria á una grandeza á que no hubieramos llegado ni por nosotros mismos, ni baxo el poder de otra nacion aún de las católicas. Sin agravio de ninguna podemos decir, que á mas de la santa y sabia legislacion española, hay en nuestros hermanos una generosidad, una fé, una condescendencia, y no se qué de simpatia, singularmente experimentada de los que van á la Península.

En quarto lugar: ¿se podrá negar el tiento, la moderacion y la dulzura con que pide España en medio de las mayores y mas executivas urgencias? ¿No excita la ternura esa consideracion con que, á su pesar y, como decimos, á mas no poder, consiente en que se aumenten unas contribuciones que ha encargado establecer, á la prudencia de los mismos vasallos? ¡Ah ignorantes! ¿Qué nacion se contiene en límites tan equitativos?

En último lugar: ¿Qué gloria, que dulce satisfacción no es para el racional y para el amante de la humanidad, redimir la miseria del hermano, y tener parte en sus alivios! hombres inconsiderados: si afuer de vasallos debíamos exponer la sangre y los hijos en defensa de la causa de España, ¿cómo os parece duro el servicio en dinero? y, quando él compensa el riesgo de la vida ¿se tendrá por un gravamen insoportable?

Puésemos ricos ó pobres, nada podríamos sin España. Por la inversa: que fuésemos pobres: valdríamos mucho estando unidos á ella. Hágase pues la suposición que se quiera, ó calcúlese como agrade la suerte de España. ¿Triunfará? pues partiremos la gloria de su triunfo, si unidos prestamos los auxilios que podemos prestar; y nuestro galardón será sin duda muy superior aún á nuestros deseos. ¿Será destruida y subyugada? pues nuestro suelo tendrá brazos para trabajadores, pobladores decentes, y artesanos industrioses, labradores honrados y endurecidos á la inclemencia, capitalistas que fomenten el comercio, y en vez de extraer, nos añadan riquezas y otros pobres para la servidumbre pública ó doméstica. En tónces aumentada la población y el comercio, consumiríamos mucho dinero en nuestra comodidad; emigrarían nuestros hermanos en los buques españoles, y estos servirían á la América. En este desgraciado evento que no permitía el Señor, al proteger á España, no nos vería como enemigos, ó por lo menos como sospechoso la Inglaterra; y en este caso por fin perdería Napoleón totalmente la esperanza de invadirnos.

Sin España pues, y con solo nuestros metales y frutos acumulados ¿qué comercio habría, que amistades, que relaciones ultramarinas que son el alma y vigor de los Estados? ¿Se dirá que contentos con nuestro maíz y con nuestro algodón, nada desearemos de fuera? ¿Los revoltosos habrán criado ó van pronto á criar gentes nuevas y organizadas apropósito para que renazcan la frugalidad Ateniese, y la austeridad Espartana: harán cartuja la vanidad y ostentación, dirán que nos estará mejor el lujo inglés ó la moda francesa, y que al

momento hallaremos fastidio en los excelentes frutos de España?

En fin: acaso, paisanos inocentes, se os ha hecho creer que ninguna provincia de nuestro continente ó de las Islas se opondrá á la independencia, y que los amigos de España la consentirán impunemente. ¡Ah! ¿Como clamaría contra los insurgentes la sangre americana que se derramaría en torrentes en caso de seguir esos quatro desalmados su desatinado proyecto? Mas ¿á donde van todas estas reflexiones? A que conozcáis, amigos, la ridiculéz, la superchería, la debilidad del pretexto con que creo se os ha engañado.

Lo vais á detestar. Sí, generosos vasallos de la ley y del rey: vosotros que os habeis ganado el mas alto concepto de modestos y de racionales, vais á convertir vuestra credulidad en indignación contra esos quatro locos que han sorprendido vuestra buena fé vuestra sana intencion. Voy á decir con franqueza mi conjetura. Un largo estudio en el hombre mismo físico y moral, estudio necesario á mi profesion, me ha como forzado á conocerlo. En medio de la inmensa multitud de americanos, todos honrados, mansos, leales ó ilustrados, hay en efecto unas quantas almas que no pueden sobreponerse á los resentimientos nacidos de que algunos europeos inconsiderados, sin sentimientos ni educación, les han insultado. No disminuemos nada. Todo artificio es indigno del filósofo. Los imprudentes han podido ser ocasion de la funesta rivalidad, y de la odiosa distinción de criollos y gachupines. A la verdad, los malos españoles no tienen razón para trataros con desprecio. No hay nación culta: no hay un pueblo siquiera de los mas críticos, y aún de los mas decididos misántropos que no reconozca públicamente como extraordinariamente feliz el talento americano. Lo elogian y santamente envidian las ventajas que á la cultura americana ofrecen el clima, la paz, la dulzura del géneo indiano.

Los buenos españoles y es la mayor y mejor porción, que os conocen mas profundamente, han experimentado, y aprecian la virtud, la generosidad, la pacífica y ciega docilidad de los americanos. ¡Ah! ¿qué se yo, si esa

vuestra perpetua y fiel sumisión, habrá sido para esos quatro traidores, un motivo de impropio! Patriotas del reyno mas docil; no sea capaz de desquiciaros esa vil astucia. No americanos: nuestra sagrada filosofía exceda á todo ardor indigno del hombre de razón; quiero decir: no se atribuya á un país ó nación, la culpa de algunos de sus nacionales: un puñado de hombres sin crianza, no debe excitar una persecucion general: no en verdad. Pues mucho menos moveros á desatender á los que habitan la Peninsula y combaten por nuestra religion, por su libertad y por la nuestra, por la gloria nacional en que tenemos tanta parte, y con quienes hemos contraido las mas sagradas obligaciones.

Sí, por Dios! las mas sagradas. No recurramos á nuestros anales á ver y á admirar con filial regocijo, el zelo y piedad con que España nos ha enviado desde la conquista, y sin cesar, tantos hombres grandes en virtud y sabiduría, prelados maestros, misioneros, magistrados, profesores de ciencias y artes, libros, máquinas &c. Prescindamos de la liberalidad y de las insignes demostraciones de cariño y de honor con que nos ha favorecido, y sería inexcusable referir: acordémonos solamente de que desde el momento que cayó de su privanza el infame Godoy hasta la fecha, nada ha tomado España con mayor empeño que protestarnos su sensibilidad, honrarnos y estrechar los dulcísimos vínculos de hermandad: vínculos que todos debemos respetar como establecidos por ordenación de la Divina Providencia para llenar los altos inescrutables designios que tiene formados sobre nosotros.

Por poco que reflexionemos en la cadena admirable de nuestros sucesos, no podemos dudar que el Señor ha hecho necesaria la mutua dependencia de españoles de Europa y de América: dependencia entre padres, hijos, y hermanos: dependencia, por lo mismo, grata, honrosa, y, hablando con rigorosa propiedad, dependencia sagrada ó inviolable. Quando llega el caso de que una madre sub-ista atendida á los esfuerzos y á la prosperidad de sus hijos, les dá esa misma dependencia una honra especial. Sí: á fé: ellos en esa misma necesidad

hallan la mas sabrosa complacencia. ¡Hijos desnaturalizados! ¿pensáis con la generosidad que os ha sido propia, quando validos de la debilidad y de la tribulación de vuestra madre, no solamente os haceis sordos á sus tiernos gemidos, mas tambien ¿qué crueldad tan nueva ó inaudita! pretendéis que los hijos reconocidos y atentos al deber, la nieguen todo recurso en la mayor angustia? ¿Tenéis la fiera de verla perecer indefensa por vuestra bárbara mezquindad?

Pero ¿qué hago? No debo hablar con esos revoltosos. Vosotros filialísimos y virtuosos pueblos: vosotros sencillos habitantes de unas provincias do reyna la inocencia y la moderación ¿veis que las quejas personales son quejas de patria? Despreocupaos. Es necesario repetirlo: el exceso de altanería ó el defecto de prudencia de los hijos, no se imputen á la madre que nos dió el ser, y nos ama de corazón. Lejos de tener parte en la poca molestia de algunos hijos mal complexionados ó pervertidos, detesta los males que nos han hecho, y protesta repararlo. Desaprueba los vicios que se habian introducido, y renueva y anima el zelo por nuestra felicidad; de suerte, compatriotas, que en ningun tiempo es mas despreciable que en éste, el pretexto de rivalidad que hacen valer esos quatro aturdidos; pues que la nación en Córtes va á callar todas quantas quejas haya podido excitar la impolitica de algunos de nuestros hermanos. Ella sabrá contentarlos y escarmentarlos, quando no basten el sonrojo, la confusión y pesadumbre que debe causarles su propia conciencia, quando les acuse de que han sido la ocasion ó el fomento de una division que expone á ambas Españas á los mayores peligros, y de una desconfianza que entibia, y, si no olvidamos estas debilidades, llegará á enfriar el fuego sagrado del amor que la religion, la naturaleza, el honor, y la gratitud han encendido, y á que dan pábulo nuestros propios intereses.

Sí, amigos: nuestros intereses. ¿Qué seríamos sin España: sin la nación que nos ha ilustrado, estimado, ennoblecido y auxiliado con leyes, con ciencias, con brazos, con armas, con buques? En efecto, nadie se ha atrevido á vio-

lar nuestra tierra por miramiento á España ó por temor de su esfuerzo; y por esta razon hemos vivido tranquilos, sin necesidad de exercitos y de fortalezas. Quando ha sido invadido algun punto de América, la ha defendido ó recobrado España. Asi es evidente que el pais mas codiciado de todos, se ha conservado feliz y seguro á la sombra augusta del trono español; y si en qualquier época que no nos protegiese nos invadirían; es mucho mayor éste riesgo quando esos pocos traidores den á entender que estamos divididos; que es quanto pueden desear los que codician estas felices regiones. Sobre todo ¿quanto apreciará Napoleon este cisma, que en todas partes ha labrado su fortuna?

Y entre nuestros intereses ¿no es de los primeros el pundonor? Ciertó: gran dolor cuesta considerar la mofa que se hará de la fervorosa y alegre lealtad con que juró á Fernando VII la N. E. Revoltosos perjuros, escándalo del universo ¿con que suplicio pagareis la culpa de cubrirnos de ignominia? Ajado nuestro decoro, degradada nuestra antigua firmeza, escarnecido nuestro carácter, destruido el concepto que siempre mereció nuestro zelo religioso, y calificada nuestra vergonzosa inconstancia, ¿qué esperaríamos, y á que nos expondríamos? No llegará el caso. Sin embargo, y para precaver toda agresion, abandonad, pueblos engañados, á esos revoltosos, y renúñámonos. Todos somos españoles, como si hubiesemos nacido en Europa. Dishonra á europeos y americanos la rivalidad, y á todos nos perderia la desunion. ¿Nuestra índole suave, pacífica y generosa, sufrirá la ruina de tantas familias de europeos que son familias criollas, y á su vez daran pobladores que constituyan la honra y el lustre de la patria y aumenten su gloria y su riqueza?

Huyamos, pues, de esos bandidos que las persiguen en una coyuntura en que pueden pe-

dir á la nacion la satisfaccion á sus quejas, y en que por consiguiente es al doble atroz el atentado de tomarse por sí la venganza. ¡Inhumanos! ¡Mentidos políticos! Esas familias hacen falta á la agricultura, á la industria, á la circulacion del dinero. Esos hijos, esos domésticos harian otras tantas casas criollas. Los criados de los europeos serian á la sombra de ellos, otros tantos padres de familias, quizá los mas útiles al servicio del pais.

Paisanos de Tierradentro: no esperéis á que se derrame vuestra sangre, como será forzoso para escarmentar á los facciosos que os han vendido. Anticipaos á obrar por principios de religion y de racionalidad, y por convencimiento: abandonad á esos necios que solo os pueden traer ruina y afrenta.

Concluyamos con una reflexion perentoria. Ni la naturaleza, ni su Divino Autor han limitado la virtud, ni el honor, ni el buen sentido, ni ninguna otra qualidad, á determinados pais. Mas quando así fuese con respecto á la virtud política: es muy cierto que con relacion á la moral del cristianismo, todos los que por la infinita misericordia lo profesamos, somos ciudadanos de una misma patria. Asi pues, sea que se atienda solamente á las leyes fundamentales de la sociedad aunque fuese entre gentiles, sea que se haga uso de la verdadera y unica filosofia que es la del Evangelio, no hay una consecuencia mas legitima ni mas bien demostrada que esta: á saber. El hombre honrado, virtuoso, amigo de la humanidad, y que reunido al gobierno trabaja en pró de la sociedad, es nuestro compatriota, amigo y hermano, aunque venga de alguno de los polos del mundo. Pero el vicioso, el holgazán, el selicioso y mal intencionado, aunque haya nacido entre nosotros, es un enemigo y mas indigno de nuestra compañía que las fieras del bosque.

NUMERO 138.

Exhortacion de los diputados para las córtes á los habitantes de Nueva-España.

EXHORTACION

Que los diputados para las próximas córtes, hacen á los habitantes de las provincias de la Nueva España.

Discretos, juiciosos y fieles habitantes de las provincias de este hermoso y felicísimo reyno: quando impelidos del zelo por la religion, del amor á la patria y del deseo de la futura permanente felicidad de estos pais privilegiados, estaban vuestros Representantes en córtes alegres en el sacrificio que hacian de su comodidad y quietud, por que iban en vuestro nombre á procurar la mayor gloria del Señor, el cabal esplendor y lustre de la heróica nacion española, la libertad de un Príncipe tan digno como desgraciado, la universal prosperidad de ambas Españas, y que quedarán indeleblemente escritas en los fastos de la historia las demostraciones de la religiosidad, patriotismo, fidelidad y heroismo de este venturoso terreno: quando impacientes por el logro de tan sublimes é importantes fines, sin embargo del dolor natural de alejarse de vosotros, llevaban con amargura los precisos momentos de dilacion en su marcha, por lo que retardaban el instante de presentarse en Europa la representacion Americana, despues de vencidos trabajos y peligros de tierra y mar, como un exemplar de fidelidad, de patriotismo, de cristiandad y de nobleza: los detestables movimientos con que algunos, mal aconsejados y temerarios, han perturbado en muy pocos lugares la tranquilidad y órden público, los estrechan á comenzar las funciones de su alto encargo, dirigiéndose á vosotros mismos.

No es esto suponer en vosotros aún el mas

ligero principio del mal, que todos detestamos es sí solo confortaros para que gloriosamente perfeccionéis el bien tan santamente comenzado: es pedirós que con la constancia en vuestros procederés generosos y nobles, hagais ver al universo, que el yerro detestable de unos pocos solo sirve para acrisolar y hacer que brille mas la fidelidad y virtud general de la Nueva España, como ha servido á la de la antigua el no haber imitado á los que desgraciadamente prevaricaron: y finalmente que vigoriceis la voz de nuestra representacion con la conservacion de vuestro empeño por la santa causa, y que hagais lo que pide de todos la religion, la patria, el honor y vuestro verdadero interés.

Solamente la soberbia puede hacer creer al hombre que sus pensamientos y medidas son capaces de mejorar las cosas por los caminos mismos que la esperiencia ha acreditado, propios únicamente para empeorarlas, y ofuscándole la razon lo precipiten á abismos de males. Emprende con arrogancia; pero esta sirve solo para dañar á innumerables y hacer víctima de la desgracia aún al soberbio mismo.

La santa religion, obrando dulcemente sobre nuestros espíritus, es la que conduce al hombre por principios siempre justos, siempre benéficos, siempre saludables. El amor y respeto á Dios, y el amor y compasion á sus hermanos, son sus dos bases, y sobre ellas se levanta sólidamente el admirable edificio de la sociedad cristiana y civil. Con solo estos principios afirma la autoridad y protege la justicia: une á los hombres y los hace obrar unidos el bien de todos. Sin ella la autoridad no se respeta, y el vicio triunfa: sin ella no reyna el amor paciente, generoso y de caridad, y una